



NOCIONES DE ARQUITECTURA AL ALCANCE DE TODOS.

CUARTA CONFERENCIA.

El orden más elegante y suntuoso que emplearon los griegos es el que tiene su capitel, el nombre de Corintio. Hé aquí una curiosa anécdota que dió origen, según unos, al estilo Corintio: «Pues señor (y no va de cuento), ¡440 años! antes de Jesucristo había un famoso escultor llamado Calimaco, que fué hombre muy habilidoso en trabajar el mármol. Por aquella misma época murió una bella jóven de Corinto..., lo cual nada tenía de particular, pero sí que su nodriza, que debió quererla mucho, colocó sobre la tumba de la muchacha un canastillo, y dentro de éste los vasos *de vino* que en vida gustaban mucho á la difunta, y con el objeto de que tan *espirituales recuerdos*, no divinos, sino *de los vinos*,

se conserváran bien, los cubrió, á guisa de tapadera, con una teja ó ladrillo. Dió la feliz casualidad de haberse puesto el canastillo sobre las raíces de la planta del acanto. Llegó la primavera, y brotaron las hojas y tallos, rodeando graciosamente á todo el canastillo, y los ramitos que tropezaron con los extremos del ladrillo se doblaron en forma de volutas. Calimaco, artista reflexivo y observador, quedó prendado de la forma esbelta que habían tomado las hojas del acanto, y concibió ó inventó el orden Corintio indicado en la figura 24.»

Hubo, y todavía se conservan en Atenas, al pié del Acrópolis ó ciudadela, las ruinas de un pequeño monumento circular, llamado impropia-

mente hoy la *Linterna de Diógenes*, cuando fué dedicado á Lisicrates. Tenía seis columnas corintias medio internadas ó empotradas en el muro cilíndrico. Una bonita cubierta de forma cónica, terminada por esbelto florón y trípode, completaban su bello conjunto.

El órden Corintio tiene de altura

ocho ó nueve veces el diámetro inferior de la columna llamado *imoscapo*. Al diámetro superior del fuste se le conoce por *sumoscapo*. La disminución del grueso de las columnas es el entaxis. En la fachada del Palacio Real hay medias columnas con mucha entaxis ó hinchazon en el primer tercio del fuste. *Pilastra* es una

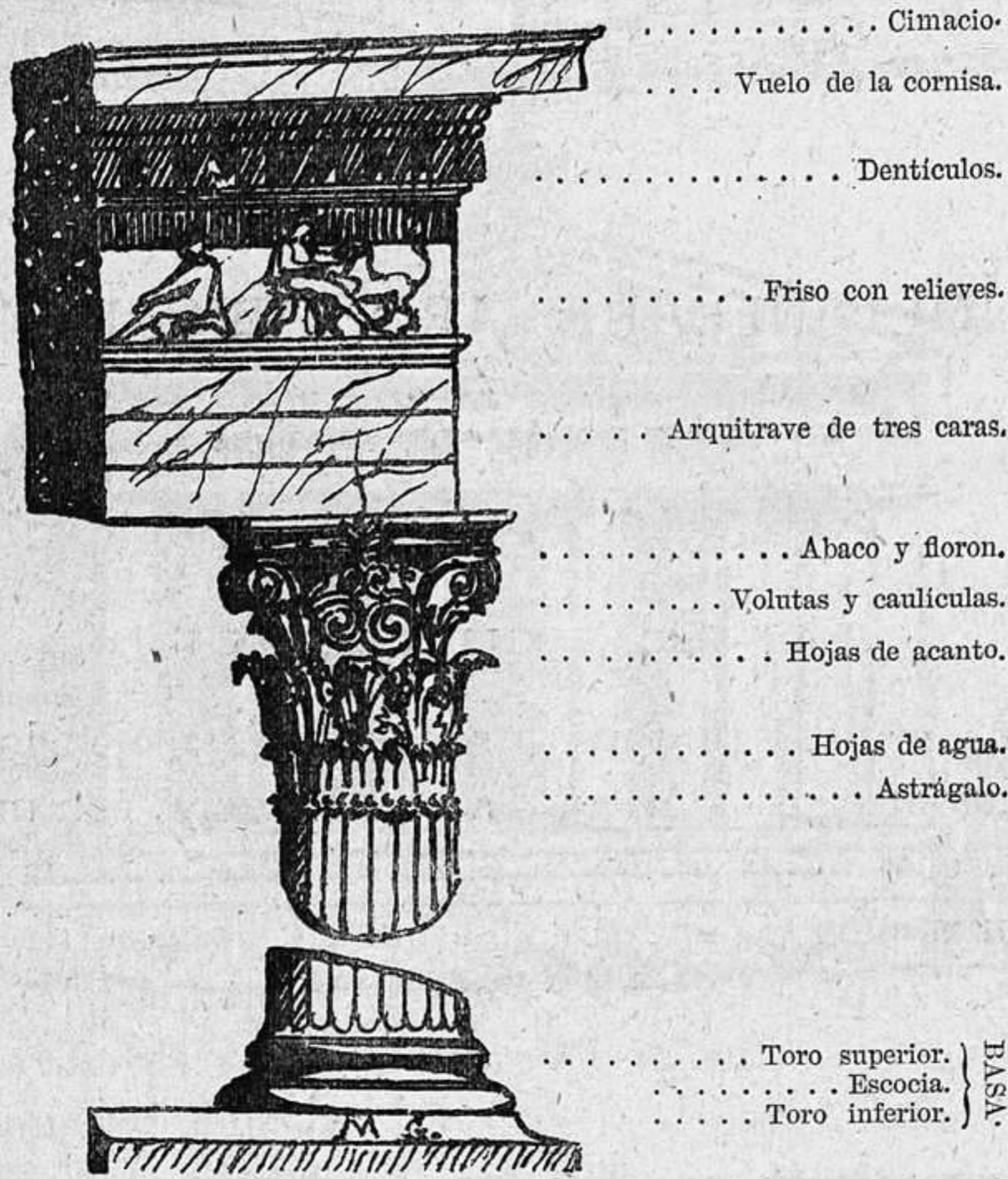


FIG. 24.—*Estilo Corintio del monumento de Lisicrates.*

columna de planta rectangular, unida al muro; cuando está aislada se llama *pilar*.

Vamos á decir algo del célebre templo dedicado en Atenas á Minerva, y cuyas ruinas se ven en parte todavía. El *Partenon*, que así se le conoce en la historia del arte, era un edificio de 74 metros de largo por 35 de ancho (fig. 25). Le rodeaban 46 columnas dóricas, de las cuales 8 ha-

bia en la fachada principal y posterior. Las columnas tenían 6 metros de altura, y 2 de ancho su diámetro inferior. Cuarenta y ocho figuras colosales, de 4 metros cada una, resaltaban admirablemente esculpidas en blanco mármol pentélico (como todo el templo) sobre el fondo rojo del tímpano ó plano triangular del fronton. El célebre escultor Fídias hizo tan notables relieves esculturales re-

presentando asuntos mitológicos de las luchas de Neptuno con Minerva. Otros muchos relieves en las metopas y en el friso del muro del templo representaban respectivamente, luchas de centauros y lapitas; episodios de la batalla de Maraton ganada por los atenienses á los persas; y sobre todo, la gran procesion llamada de las fiestas panateneas, dedica-

das á Minerva. Ésta, colocada en el interior del templo, abierto en parte el techo con ámplia claraboya, tenía una magnífica estatua de ¡13 metros de altura (próximamente desde la calle al piso segundo de una casa grande)! Una túnica de oro puro, así como la coraza y casco, deslumbrarían por su esplendor: en la mano derecha tenía otra estatua pequeña

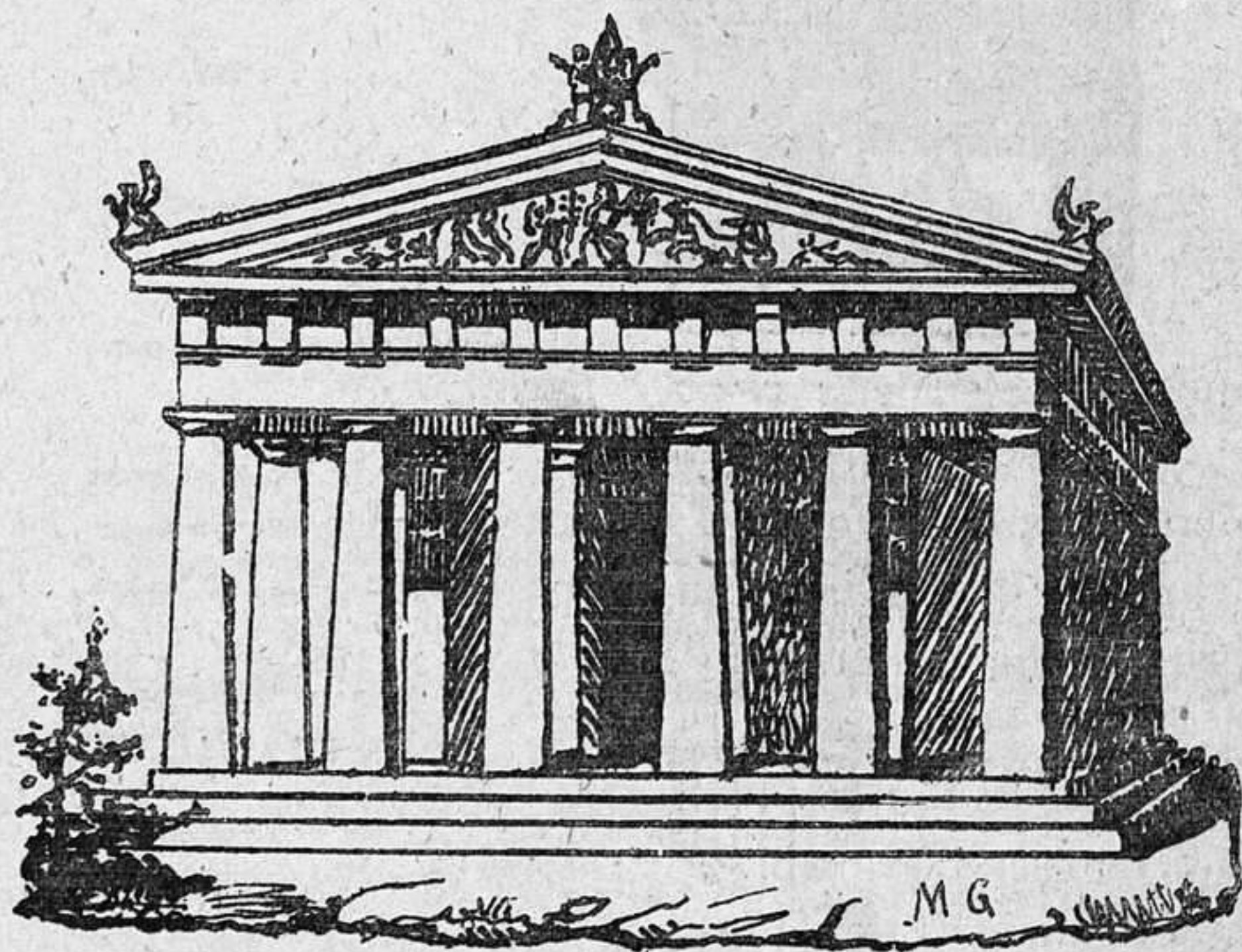


FIG. 25.—Cróquis del Partenon.

de marfil, representando una Victoria.

Por estos ligerísimos apuntes comprenderéis, lectores míos, que los griegos fueron un pueblo muy culto, que dieron suma importancia á la arquitectura, y por esta razón florecieron las artes y sus compañeras las ciencias. Antes de terminar estas nociones sobre el arte griego, voy á manifestaros que las *minervas* ó procesiones del *Córpus* no tienen que ver nada, absolutamente nada, con el

culto de los antiguos paganos. Se llama impropriamente áun hoy día *minerva*, no en recuerdo de la falsa ó ideal diosa de este nombre, sino tal vez porque de un templo que había en Roma, que llevaba aquel gentilicio concepto, cuando hace algunos siglos se estableció este solemne culto de nuestra religion católica, salió la primera procesion, y luégo, sin saber muchos el motivo, repiten este equivocado nombre.

¿Vais comprendiendo y fijando

bien las ideas ya expuestas con toda la sencillez posible? Pues á descansar un ratito, no sea que con el calor se os evaporen las columnas, estatuas y edificios que guardais ya en vuestra infantil y hermosa cabeza.
 ¡Quién sabe si el dia de mañana

algun niño aplicado, leyendo estos familiares escritos, llegará á ser un notable artista por haber manifestado desde un principio su aficion al estudio, aprendiendo todo cuanto pueda decirle su buen amigo

MIGUEL MARTINEZ GINESTA.

EL SOL Y EL VAPOR.

FÁBULA.

Yo vi en una calorosa tarde del estío descender al sol lentamente por detras de una colina situada en la parte occidental; pero observó este refulgente planeta que un espeso é insalutífero vapor se extendia impunemente sobre la sana superficie de un frondoso valle. Al instante los arbustos y las lozanas flores plegaron sus hojas y aparecieron casi marchitas al contacto de este detestable enemigo.

—¿Cómo has escogido, dijo el dios

del dia, la hora de mi partida para esparcir tu pestilencial influencia y para infestar las bellezas de la creacion? Pero poco tiempo te concedo para que goces el notable triunfo de tu malignidad; yo volveré con la mañana y repararé tu daño arrebatando tu existencia.

Aprenda en tí el calumniador á conocer el efecto de la mentira y á temer la vuelta de la verdad.

(Traducida del inglés.)



LOS HERMANOS MAL AVENIDOS.

(Conclusion.)

Todo esto y otras cosas más les dijo el celoso párroco, con una palabra tan enérgica y elocuente, que los paisanos decían que aquellas palabras traspasaban hasta las piedras; pero, en verdad, á veces es más fácil traspasar las piedras que conmover el duro corazón de los hombres. La hermana de Miguel y de Conrado, la pobre Bárbara, lloraba amargamente sobre la insensibilidad de sus dos hermanos. El párroco había dicho y repetido que sus palabras no iban dirigidas á nadie en particular, sino á todos en general, porque cada uno, poniendo la mano sobre su conciencia, se interrogase á sí mismo si amaba á los suyos con el amor debido. Sin embargo, todos estaban persuadidos que el orador sagrado aludía á los dos hermanos.

Éstos estaban colocados no léjos uno del otro: Miguel mordía la gorra que tenía entre los dientes; Conrado estaba oyendo con la boca abierta; las miradas de los dos se encontraron por casualidad; la gorra de Miguel se le escapó de las manos y se bajó rápidamente á cogerla.

Terminada la misa cada uno se dirigió á su punto de partida, y aún no había salido toda la gente de la iglesia cuando ya Miguel iba camino

de la casa rectoral; pero hallando la puerta todavía cerrada, entró en el pequeño huerto que la rodeaba. Llegado, allí se paró algun tiempo, contemplando cómo las abejas trabajaban sin descanso, entrando y saliendo en sus colmenas: «Éstas no saben, pensaba él, que hoy es domingo.» Después, hablando consigo mismo, decía: «¿Y tú, qué haces? En verdad que para tí no hay domingo, porque tampoco tienes días de trabajo..... ¡Cuántos cientos de hermanos y de hermanas viven aquí reunidos en una de estas colmenas! Y todos trabajan en la mayor armonía, á ejemplo de sus antepasados.» Pero no se detuvo mucho en este pensamiento, porque no quería ser llevado por el párroco como la *oveja al matadero*; es decir, el orgullo volvía á apoderarse de su alma. Luégo, mirando hácia el cementerio, que estaba al otro lado del muro, recordó las últimas palabras de Conrado, y sus puños se cerraron con furor.

Vuelto á la rectoral, halló ya en ella al párroco y á su hermano: la conversacion que seguían parecía animada. El primero de éstos estaba de pié, y al entrar Miguel le ofreció una silla, pero éste, por toda respuesta, señaló á su hermano diciendo: «Señor rector, con vuestro permiso me

dispensaréis que os diga que yo jamás acostumbro á sentarme donde está ese hombre. Usted no sabe, porque acaba de llegar á la aldea por primera vez, no sabe lo solapado é hipócrita que es, y cuán embustero. No hay muchacho en todo el lugar, continuó, rechinando los dientes, que no sepa imitar su respuesta cuando le preguntan «¿cómo está tu hermano Miguel?» Y Miguel hizo el signo que ya sabemos; despues añadió, temblando de furor: «Señor cura, este hombre es la causa de mi desgracia; no hay paz para mí en ninguna parte, ando como si estuviera dado al diablo. Tú me lo has predicho, terminó dirigiéndose á su hermano, yo me ahorcaré con el ronzal de cualquier caballo, pero tú lo probarás primero.»

El párroco dejó que desahogase toda su ira; no queria intervenir en la querrela hasta que lo creyese muy necesario, porque sabía perfectamente que cuando la cólera está por mucho tiempo contenida se desahoga al fin, y concluye por terminar dando entrada á los dulces sentimientos, que ninguna alma, por pervertida que esté, deja de tener en su interior. Aún no era llegada, sin embargo, la ocasion.

Los dos hermanos se habian sentado al fin; guardaban profundo silencio; solamente su respiracion era bastante agitada. El cura entónces les habló con la mayor dulzura, procurando conmover aquellos corazones; pero en vano, pues ni siquiera levantaban los ojos del suelo. Siguió

pintándoles los tormentos que sufrían sus padres en el otro mundo por no haber dirigido como debian su educacion para evitar la desgracia en que ellos habian caido: Conrado suspiraba, pero sin decir una palabra.

Por último, reuniendo el cura todas sus fuerzas, recurrió á los grandes medios: su palabra se volvió amenazadora como la de un profeta, y les hizo presente cómo aparecerian despues de muertos delante del tribunal de Dios, donde les diria: «¡Malditos!... ¡Malditos!... ¡Malditos!... Vuestro duro corazon os ha condenado al ódio, rehusando tenderos una mano cariñosa. Seguid adelante, encadenados uno en el otro, y abrazaos eternamente en el infierno...»

Todo quedó en silencio: Conrado enjugaba con la manga de su chaqueta las lágrimas que llenaban sus ojos: despues se levanta y dice: «¡Miguel!»

Miguel levantó tambien los ojos, fijándolos en su hermano, cuyo nombre habia perdido el hábito de pronunciar hacía ya tantos años. Conrado se acerca y le dice: «¡Miguel, perdon!.....» Las manos de los dos hermanos se unieron estrechamente, en tanto el buen cura los bendecía.

La admiracion y la alegría fueron extraordinarias en toda la aldea cuando vieron á Miguel y á Conrado cogidos de la mano bajar la pequeña colina que conducia á su lugar.

Sus manos continuaban unidas aún cuando las gentes se acercaron

á verlos pasar; parecia como que querian desquitarse de tan larga privacion.

Apénas llegados que fueron á su casa se pusieron á romper los candados de las puertas; bajaron al jardin y deshicieron los setos de separacion que habian hecho; las ramas, en realidad de verdad, estaban malas de arrancar, pero era necesario hacer un esfuerzo, cortar y más cortar para que desapareciese pronto esta señal de enemistad.

Se fueron en seguida junto á su hermana, y comieron en una misma mesa al lado uno del otro.

A la tarde, los dos hermanos estaban arrodillados en la iglesia, rezando por el libro de oraciones que habia pertenecido á su madre.

Toda su vida, á contar desde este dia, fueron modelo de union y de concordia.

R. SEGADE CAMPOAMOR.



BLASILLO.

(Continuacion.)

Estaba el pobre Ricardo
Horrible dolor sufriendo,
Y al verle sufrir Blasillo,
Que era compasivo y bueno,
Olvidando sus agravios,
No tuvo más pensamiento
Que prestar auxilio pronto
Á aquel muchacho travieso.
Tiritaba allí Ricardo,
Con mil trabajos saliendo
De la balsa, y que llegaba
Creyó su postrer momento;
Y, como suele decirse,
No era el caso para ménos.
Lleno de lodo y de fango,

Empapado hasta los huesos,
Y picándole voraces
Las sanguijuelas el cuerpo,
Estaba el pobre Ricardo,
Que daba compasion verlo.
— Quítese usted ese vestido,
Le dijo Blasillo, y luégo
Póngase el mio; es malo,
Pero en esta ocasion bueno,
Pues no tiene sanguijuelas,
Y está limpio y está seco.
— Yo no me pongo ese traje
Tan ordinario.
— No apruebo
Que en esta ocasion tan crítica

Aun quiera usted ser soberbio.
 Cambiemos pronto de traje,
 Y calme sus sufrimientos;
 Usted es más delicado
 Que yo, porque yo estoy hecho

Á todo; las picaduras
 De esos bichos no las temo,
 Que el sol, el aire y las nieves
 Mi cútis endurecieron.
 Convencido al fin Ricardo,



Blasillo.

Soltó su vestido nuevo,
 Y se puso el de Blasillo,
 Que aunque era de tosco lienzo,
 Era en aquella ocasion
 Mejor que de terciopelo,
 Y como el pobre Blasillo
 Á quedarse no iba en cueros

El de Ricardo se puso,
 Aunque manchado de cieno,
 Y con tantas sanguijuelas,
 Que pasarian de ciento.
 Y así á la casa del Conde
 Los dos muchachos volvieron.

(Continuará en el tomo XIV de Los Niños.)



ESCENAS INFANTILES.



EL NIÑO CONVALECIENTE.

El niño ha pasado una larga y grave enfermedad, y su hermanita le ha cuidado amorosamente. Ahora ya está convaleciente, y su hermanita completa su obra, llevándole á paseo en el carrito, proporcionándole distraccion y haciendo prodigios de ingenio, en su tierna edad, para que el niño, que todavía está bajo la pesadumbre de la grave enfermedad sufrida, se alegre y se entretenga.

Así demuestra la niña su excelente corazon y su ternura, á la vez que su nobleza de sentimientos.



EL VELLOCIÑO DE ORO.

(Continuacion.)

Entre los remeros se hallaba una bella jóven llamada Atalante, criada por un oso en las montañas. Tenía tal ligereza, que ponía el pié sobre una ola y saltaba á otra sin mojarse apénas las sandalias. Educada en completa libertad, hablaba mucho de los derechos de la mujer, y prefería la guerra y la caza á las labores propias de su sexo. Pero, en mi opinion, los personajes más notables de aquella ilustre legion eran dos hijos de Aquilon, jóvenes ligeros como el aire, y de un carácter levantisco, en cuyas espaldas se veían ligeras y poderosas alas. Éstos, cuando el mar estaba en calma, soplaban de tal manera, que con el viento que hacían el buque marchaba rapidísimamente. No hay que olvidar los profetas y mágicos, que se hallaban en gran número entre la tripulacion. Tenían la facultad de adivinar los sucesos del día siguiente, y hasta los que ocurrirían dentro de cincuenta años; pero en cambio ignoraban todo suceso de actualidad.

Jason confió el timon del navío á Tiphis, porque este caballero conocía la marcha de los astros y los cálculos del compas marítimo. Linceo, por su vista perspicaz, fué encargado de las funciones de vigía, y se colocó en la proa, desde donde dis-

tinguía una vela en el mar aunque estuviese á seis mil leguas. En cambio no veía de cerca más allá de sus narices. Cuando se maniobraba sobre suficiente profundidad, aquel hombre extraordinario describía exactamente la naturaleza de las rocas y de los bancos de arena que había en el fondo del abismo. Muchas veces decía á sus compañeros que navegaban sobre montañas de tesoros. Desgraciadamente su larga vista no le enriquecía, y pocos creían sus noticias.

Cuando los Argonautas, así se llamaron aquellos valientes aventureros, hubieron hecho todos sus preparativos de viaje, una dificultad imprevista les puso á punto de terminar el viaje ántes de emprenderlo. El buque era de tales dimensiones y tan pesado, que la fuerza reunida de cincuenta hombres era insuficiente para botarlo al agua. Hércules no habría llegado entónces á todo su desarrollo físico, porque él solo se hubiera bastado y sobrado para coger el buque en una mano y lanzarlo al agua como quien arroja una piedra. Todos aquellos hombres fornidos, vigorosos, se esforzaban en vano para empujar el buque.

Felizmente Jason se acordó de la estatua puesta en la proa.

— Hija del roble parlante, exclamó, ¿cómo harémos para poner el buque á flote?

— Sentaos todos dentro, respondió la estatua, y que toque Orfeo.

En efecto, Orfeo cogió la lira y comenzó á tocar una bellísima barcarola.

No se necesitó más.

El buque entró majestuosamente en el mar enmedio de mil hurras, y acompañado de las bendiciones de todos los espectadores de aquella magnífica escena.

Pero el que rabiaba en aquel momento era el viejo y cruel Pelias. Sentado sobre un promontorio, asistía también al conmovedor espectáculo, devorado por la ira. Y allí se quedó echando espumarajos de cólera por la boca, mientras el buque cruzaba gallardamente el mar.

Con objeto de pasar el tiempo del viaje lo más agradablemente posible, los héroes comenzaron á hablar del célebre Vellocino de Oro. La historia dice que pertenecía á un carnero de Beocia, que habia llevado sobre su lomo á dos niños que se hallaban en peligro de perder la vida, y habia huido con ellos atravesando mucha tierra y mucho mar. Uno de los niños no era niño, que era niña, y se llamaba Ella, y cayó en las olas y se ahogó. El niño se llamaba Phrioxo, y salió sano y salvo de tan peligroso viaje. Pero al llegar á la orilla el fiel carnero, rendido de fatiga, cayó sobre la arena y espiró. En memoria de esta hermosa acción, y como para recompensarle, el vellocino del

pobre carnero, que tan generosamente se habia sacrificado, fué milagrosamente convertido en oro. Se consideraba que esta era la más grande maravilla que existía en la tierra. Suspendido en un árbol, en un bosque sagrado, hacía miles de años que se le guardaba cuidadosamente, y excitaba la envidia de los más poderosos, porque en ningun palacio del mundo habia cosa que igualára á aquella incomparable joya.

Al llegar los viajeros á cierta isla fueron recibidos cordialmente por el rey Cyzico, que les ofreció un banquete y les trató como hermanos. Sin embargo, los Argonautas notaron que aquel generoso monarca estaba muy abatido y como lleno de inquietudes y confusiones. Preguntáronle el motivo de su disgusto, y Cyzico les dijo que él y sus vasallos continuamente sufrían ataques y depredaciones de los habitantes de una montaña vecina, que sólo ansiaban saqueo y destrucción. Y señaló á la montaña, preguntando á Jason y á sus compañeros qué era lo que en ella veían.

— Veo, dijo Jason, objetos de enormes dimensiones; pero son á tal distancia que no puedo distinguir bien. A mí me parece que son nubes, cuyo singular aspecto afecta formas humanas.

— Son inmensos gigantes, dijo Linceo. Todos tienen seis brazos, y cada una de sus manos está armada de una cuchilla, una maza y otro instrumento de guerra.

El día siguiente, cuando los nave-

gantes se preparaban á proseguir su viaje, aquellos terribles gigantes bajaron de la montaña, y quisieron emprender contra los Argonautas. Cada uno de aquellos seres formidables con sus seis brazos era capaz de sostener una guerra con un ejército, por ser tan extraordinarios los recursos ofensivos y defensivos que tenía; pero como ninguno tenía más que un corazón, los Argonautas les dirigieron las flechas á tan importante órgano, y allí quedaron muertos los unos, y los otros huyeron, y así quedó el Rey tranquilo y satisfecho de haber visto castigados á sus crueles opresores.

Otra aventura tuvieron los viajeros á su llegada á Tracia. Encontraron en este país un pobre Rey ciego, nombrado Phrimeo, abandonado de sus vasallos, y que vivía solitario y de una manera deplorable. Habiéndole preguntado Jason si podía serle útil en algo, el Rey contestó que sufría tormentos horribles de parte de tres abominables criaturas, las Arpías las llamaba, que tenían cara de mujer, y alas, cuerpo y garras de buitre. Estos monstruos le robaban constantemente la comida y no le dejaban momento de tranquilidad.

Esta narración inspiró á los Argonautas la idea de disponer en la orilla del mar un abundante festín, persuadidos, según lo que contaba de la voracidad de las Arpías el desventurado príncipe, que éstas no dejarían de acudir al olorillo de los manjares.

Y en efecto, apenas se cubrió de

manjares la mesa, las tres repugnantes mujeres-buitres aparecieron, cogieron las viandas y volaron. Pero en seguida los dos hijos de Aquilon volaron tras ellas y las alcanzaron en una isla donde las hubieran muerto si las Arpías, aterrorizadas, no hubieran prometido no volver á inquietar jamás al rey Phrimeo.

Los Argonautas continuaron su camino, y hallaron otros muchos incidentes extraordinarios, que cada uno daría materia para escribir una historia muy larga. Una vez llegaron á una isla, y se sentaron sobre la hierba á descansar, cuando de pronto se vieron sorprendidos por una lluvia de puntas de acero que se clavaban en el suelo, en los escudos y hasta en las carnes de los viajeros. Los cincuenta héroes se levantaron como un solo hombre y buscaron á sus enemigos, pero recorrieron la isla entera sin encontrar señal alguna de ejército. Sin embargo, las flechas continuaban cayendo. Al fin, casualmente, uno miró á lo alto, y vió en el aire una nube de pájaros que eran los que les arrojaban las puntas de acero, que no eran otra cosa que sus plumas. Toda resistencia parecía imposible; y los cincuenta valientes iban á sucumbir sin poderse valer. Gracias á que Jason tuvo la buena ocurrencia de ir á consultar el caso con la estatua de roble.

—Hija del roble parlante, dijo, ¿qué hemos de hacer para ahuyentar á esa bandada de abominables pajaracos que desde lo alto nos están acribillando impunemente?

—Haced gran ruido dando golpes con las espadas sobre vuestros escudos, respondió la estatua.

Hiciéronlo así, y armaron tal estrépito que los pájaros, asustados, desaparecieron entre las nubes.

Orfeo celebró esta victoria, entonando un himno triunfal con acompañamiento de arpa. Su canto era

tan armonioso y seductor que Jason creyó prudente suplicarle que no continuase, porque los pájaros de plumas de acero, ahuyentados por un ruido infernal, podían volver, atraídos por tan suave y seductora música.

NATANIEL HAUTHORNE.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

LA INVENCION DEL AJEDREZ.

Al principio del siglo v de la era cristiana había en las Indias un príncipe poderosísimo, cuyos dominios estaban situados á las orillas del Ganges, el cual había tomado el fastuoso título de Rey de las Indias. Su padre había obligado á un gran número de soberanos á que le pagasen tributo y se sometiesen á su imperio. El jóven monarca se olvidó bien pronto de que los reyes deben ser padres de sus pueblos; que el amor de los vasallos á sus reyes es el único apoyo sólido del trono; que sólo este amor debe unir verdaderamente los pueblos con el príncipe que los gobierna, y de quien hacen toda la fuerza y el poder; que un Rey sin vasallos no tendrá más que un título vano, ni logrará ventaja alguna sobre los demas hombres. Los brahmanes y rajahs, esto es, ciertos fi-

lósofos, y los grandes, representaron todas estas cosas al Rey de las Indias, pero embriagado con la idea de su grandeza que contemplaba eterna, despreció sus sábias representaciones. Habiendo continuado éstas y las quejas se dió por ofendido, y para vengar su autoridad, que creyó despreciada por los que se atrevían á desaprobár su conducta, los hizo perecer entre tormentos. Este ejemplo atemorizó á todos los demas, y sellaron sus labios. El príncipe, abandonado á sí mismo, y lo que era aún más peligroso para él y más terrible para sus pueblos, entregado á los perniciosos consejos de los lisonjeros y aduladores, de que estaba inundada su córte, se dejó llevar hasta los últimos excesos de la depravacion.

Entónces un brahman, llamado Sisa, hijo de Daher, conmovido de

las tristes desgracias de su patria, intentó hacer al príncipe abrir los ojos á los funestos efectos que iba á producir con su conducta; pero enseñado por el ejemplo de los que le habian precedido, conoció que su leccion no sería útil sino tomándola el príncipe por sí propio sin advertir que la recibia de otro. Con este objeto inventó el juego del ajedrez, en que el Rey, aunque es la principal de las piezas, no puede atacar, ni aún defenderse de sus enemigos sin el auxilio de sus vasallos y de sus soldados. El nuevo juego se hizo célebre muy pronto: el Rey oyó hablar de él y quiso aprenderlo. El brahman Sisa fué escogido para enseñárselo, y con el pretexto de explicarle las reglas y de manifestarle con qué arte era preciso emplear las otras piezas en defensa del Rey, le hizo ver y gustar de las verdades que habia rehusado oír hasta entónces. El príncipe, nacido con un espíritu y sentimiento virtuoso, que las máximas de los cortesanos no habian podido sofocar enteramente, se aplicó estas lecciones del filósofo; y comprendiendo que el amor de los pueblos á su Rey hace toda su fuerza, mudó de conducta, y así previno las desgracias que le amenazaban. Luégo, sensible y reconocido, dejó al brahman la eleccion de la recompensa:

éste pidió que se le diesen los granos de trigo que sumase el número de casas del tablero, en esta forma: uno por la primera, dos por la segunda, cuatro por la tercera, duplicando así por las demas hasta las sesenta y cuatro. Admirado el Rey de la cordedad aparente de la peticion, se la concedió al instante y sin exámen; pero habiéndola calculado sus tesoreros hallaron que el monarca se habia obligado á una cosa para cuya satisfaccion no bastaban todos sus tesoros ni sus vastos estados. En efecto, vieron que la suma de los granos debia valuarse en 16.384 ciudades, de las cuales cada una tuviese 1.024 graneros, que en cada uno de ellos hubiese 174.762 medidas, y en cada una de éstas 32.768 granos. El filósofo entónces se valió de la ocasion para hacer ver al príncipe cuánto importa á los reyes pararse á reflexionar bien lo que se les pide; contener sus liberalidades en un justo medio, y no atreverse á ofrecer ni á dar con exceso en perjuicio de la universal comodidad de sus vasallos; pues el soberano era en realidad un padre de familia, el cual no podia enriquecer á un hijo sin empobrecer ó defalcar á los otros. Hé aquí el origen de la invencion del ajedrez, y los interesantes documentos de Sisa al inconsiderado Rey de las Indias.



DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE DÉCIMOTERCERO TOMO.

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
A nuestros lectores, por la Redaccion.	1	El regalo de los Reyes, por Ossorio y Bernard.	55
Higiene del ejercicio, por M. de la J.	2	Tradicion, por Ricardo Solans.	58
La pesca en el Ebro, por Juan Cruz Busto.	6	¡Pobre niño!, por E. Thuillier.	62 y 70
La mañana de Lucía, por Ossorio y Bernard.	7 y 23	Los cinco dedos de la mano, por Juan Cruz Busto.	67
El cazador de insectos, por R. Segade Campoamor.	11 y 26	A los niños, por Adriana Fernandez y Salinas.	69
Quien bien hace, bien espera.	15	Los zapatitos nuevos.	72 y 88
El orgullo.	16	La camisa del hombre feliz, por Ossorio y Bernard.	73
El rosal de la tumba, por E. Thuillier.	17	Origen é importancia de la escritura y de la lectura, por Juan Cruz Busto.	75
La Iglesia, por Vicente Rivas.	21	La huérfana Elisa, por Indalecio Martinez Alcubilla.	77 y 82
Labores agrícolas del mes de Enero, por Th. Lebrun.	21	La Paz, por la Redaccion.	81
Escritores fallecidos, por M. Ossorio y Bernard.	30	La vida, por F. L. de Henales.	86
El niño y la botella, por E. Thuillier.	33	El anochecer, por M. Carreras y Gonzalez.	87
El soldado de plomo, por Anderseen.	37	La conciencia.	87
Escenas infantiles. 40, 48, 121, 136, 152, 153, 256 y.	281	La laguna de San Martin, por J. M. Ballesteros.	90
La guerra civil.	41	La Paz, por E. Thuillier.	97
El mármol.	43	La caridad interesada.	100
Las cuatro virtudes, por Ossorio y Bernard.	45	En alta mar, por M. Carreras y Gonzalez.	102
Nociones de Arquitectura, por Miguel Martinez Ginesta. 49, 65, 113, 145, 177, 193 y.	273	Labores agrícolas del mes de Marzo, por Th. Lebrun.	103
La curiosidad, por Ossorio y Bernard.	53	Otra señorita Lucía, por Jorge Fath.	103
Labores agrícolas del mes de Febrero, por Th. Lebrun.	54		

<i>Páginas.</i>	<i>Páginas.</i>
Historia de la Astronomía, por J. Ram- bosson. 109 y 126	Blasillo, por C. Frontaura. 166, 183, 216, 247, 263 y. 279
Anécdotas. 115	A una madre, por Francisco del Villar y Bustos. 172
En la niebla, por P. J. Stahl. 117, 134, 149, 188, 205 y. 218	Plegaria, por A. de Valbuena. 176
Otra niña como Lucía. 120	El tesoro. 181, 207, 219 y 234
No se debe dudar de Dios ni de sí mis- mo, por J. Doré. 122, 157 y 171	La máquina de coser. 192
Al que regresa, el que parte, por An- tonio de Trueba. 127	Himno á la Virgen, por M. J. Pas- cual. 197
A Alfonso XII, el Pacificador, por V. Barrantes. 127	El vellocino de oro, por Hawthorne. 198, 213, 254, 261 y. 282
La resurreccion de una planta, por E. Thuillier. 129	El corderito. 201
Camino de hierro, por M. J. Pascual. 132	La campana del rosario, por Fernan Caballero. 209
La vida del mundo, por Ossorio y Bernard. 137	El señor Puntigudo, por Grimm. 223
La hormiga, por Vicente Rivas. 139	La bondad, por R. Segade Campoamor. 225
La verdad y la mentira, por R. Segade Campoamor. 141	Los tres herederos dichosos. 228
Los dos labriegos, por J. F. Sanmar- tin y Aguirre. 148	Los primeros pasos, por E. Thuillier. 230
Cuento, por Julio Alarcon y Melendez. 152	La niña buena, por Grimm. 232
Semana Santa, por Concepcion Arenal. 154	Al acostarse, por J. M. Gutierrez de Alba. 233
La Pasion del Señor, por Francisco Pareja de Alarcon. 155	El perro. 237
El día de la Pasion, por Ramon de Campoamor. 155	Acto solemne. 239
La Virgen de los Dolores, por Juan José Herranz. 156	Los hermanos mal avenidos, por R. Se- gade Campoamor. 242 y 266
La más larga ausencia, por G. P. 159	Los hijos del arquitecto. 245
El baile de máscaras, por J. M. Ba- llesteros. 161 y 186	El hermanito, por E. Thuillier. 250
	El mejor palacio, por Ricardo Solans. 257
	Recuerdos de un cosaco. 259
	El hombre de la piel de oso, por Grimm. 268
	El Sol y el vapor. 276
	La invencion del ajedrez. 285
	Índice. 287

FIN DEL ÍNDICE.

